

EL MUNDO CÓMICO

DIRECTOR PROPIETARIO,
JUAN J. VILLANUEVA.

SEMANARIO HUMORISTICO

(SE PUBLICA LOS DOMINGOS)

DIRECTOR ARTÍSTICO,
JOSÉ LUIS PELLICER.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En MADRID: un mes, 4 rs.; número suelto, un real; En PROVINCIAS; un mes, 5 rs.; tres meses, 13 rs.; número suelto, un real 50 céntimos. — PORTUGAL; tres meses, 16 rs. — FRANCIA, INGLATERRA é ITALIA: tres meses, 20 rs. — AMÉRICA Y FILIPINAS: semestre, 3 ps. fs.; un año, 5½ ps. fs. —

Se suscribe en las principales librerías de Madrid, Provincias, Extranjero y Ultramar, y directamente ó por medio de letra ó libranza en la Administracion de este periódico, plaza de San Nicolás, núm. 8, segundo. Se admiten sellos de comunicaciones, pero en carta certificada.

LA MUJER DEL PORVENIR. — POR PEREA.



(El papá.) — Si á este paso progresamos,
el vestir á una mujer
va á ser obra de romanos.

LOS COCHEROS. — POR PEREA.



— Perro — 19 — sotabanco.
— Al sotabanco señuritu, nu puedu subir.

LOS REYES MAGOS.

(MEMORIAS DE UN PÁRVULO.)

Era yo casi tan pequeño como la conciencia de un presamista, y más inocente que el sistema homeopático.

Aprendía el Catón y la Cartilla *Salibario*, como le llamaba mi maestro; y aún cuando acababa de soltar los andadores, era opinión unánime en todos los de mi familia que necesitaba ir asiduamente á la escuela, no tanto por aprender, cuanto por dejar tranquilos á los de mi casa.

Si el rencor hubiera cabido alguna vez en mi pecho, juro que lo guardara á cuantos pedagogos me han encerrado en el cuarto oscuro, me han tenido largas horas en pié como una estatua, arrodillado como un penitente y con los brazos en cruz, amen de las hambres y miedos, palmetas y azotes, con que procuraron hacerme difíciles los estudios, insoportable mi reclusion y tristísima la infancia, edad tan fecunda en mimos y deseos, como en contrariedades y reprimendas.

Una festividad, no obstante, me ha resarcido de todos esos castigos. La Noche-Buena, que comenzaba para mí el 20 de Diciembre, y terminaba el 6 de Enero, día sobre todos grato por ser el último de vacaciones, y en el que los Reyes Magos giraban su visita por la tierra.

Decir el afán con que yo esperaba la llegada de tan honorables huéspedes, fuera cosa superior á la paciencia de mis lectores, y no tendría espacio bastante en los tres tomos publicados de EL MUNDO CÓMICO, ni palabras suficientes en el Diccionario de la lengua española.

Al explicarme la Religión cristiana, habíase me dicho que, en cumplimiento de lo profetizado por David é Isaías, tres Reyes venidos del Oriente y guiados por una estrella, adoraron al Hijo de Dios, ofreciéndole oro, incienso y myrrha. Que la luminosa estrella se había detenido sobre el portal de Belén; que los Reyes se llamaban Melchor, Rey de la Luz, Gaspar, Diadema de Etiopía, y Baltasar, Señor de la Aurora; que avisados por un ángel, tornaron sin dar parte á Heródes del Dios á quien acababan de adorar, y que el Tetrarca de la Judea hizo dar muerte á cuantos niños menores de cinco á siete años hubiese en Belén y sus alrededores.

Pero no era este santo pasaje lo que incitaba mi curiosidad, sino los regalos que anualmente hacían á los chicos que se acostaban tempranito, obedecían á sus papás, no reñían con sus hermanos, y sobre todo colocaban la vispera por la noche los zapatos al balcon, sin duda para indicar á los ilustres viajantes que en aquella casa había un rapaz mercedor de finezas.

Examinada mi conducta, no tenía fe en mis merecimientos. Tantas veces se me había dicho que era un Barabás, de la piel del diablo y peor que Cain, que, confieso mi candidez, llegué á creerlo, y á no ser porque todos dabanme promesas de ocultar mis travesuras, seguro estaba que me hubiera atrevido á solicitar los obsequios de los Magos.

Que estos eran generosos, lo sabía yo por experiencia. El año anterior me habían regalado, á más de dulces y juguetes, un traje completo. Verdad es que era de color y dibujo igual al viejo pantalon de mi hermano y al raído gaban de mi padre, y más parecía construido por un sastre remendon, que en los bazares del Asia; pero al fin era un traje más, y yo debía estarles agradecido.

No dejaban de chocarme las gentes que al resplandor de inmundas teas, arrastrando latas por el empedrado, con esquilos y cencerros, ébrios de gozo y de vino, y con palabras nada corteses, salían al encuentro de tan ilustres personajes.

Veía aquellas turbas agruparse al pié de mi balcon, y preguntar al infeliz asturiano portador de la escala, que ascendía á ella:

—¿Por dónde vienen?

—No lo sé, contestaba el engañado.

—¿Qué ves?

—Nada.

—Míralo bien.

—Sólo veo la luz de una taberna y los faroles de un coche.

—¡Sí! Pues son los Reyes Magos que vienen por la Puerta de Toledo.

Decir esto y abandonar la escalera, dando por el suelo con el crédulo astur, era todo uno.

Ida aquella legion de estúpidos, venía otra, en la que una mujer sucia y desarrapada era la heroína. Mil voces descompuestas contrarias á la decencia, capaces de ruborizar á un coracero, venían á herir los oídos de la desdichada

ACTUALIDADES. — POR LUQUE.



(Buscando á los Reyes).—En otras romerías, como en esto para beber *peleon*, es un pretexto.

marusa. Más tarde la infeliz llorará la burla de que es objeto; y aunque perdone los golpes y latigazos, zambullidos en las fuentes públicas, tiznones de su cara y rotos de su ropa, así como la indispensable borrachera, que la pondrá á morir, conservará rencor á sus burladores, que todas las ofensas pueden perdonarse ménos la befa y el escarnio.

En la noche de que hablo venian tertulios á mi casa á echar los estrechos, y ciertamente que no muy anchos se colocaban damas y galanes en derredor de la mesa, juntando sus manos por bajo del tapete, y aún creia notar que más de una parejita se enlazaba y estrechaba con los piés.

—¿Por qué no pensarán en los Reyes Magos? decia yo. ¿Qué tendrá aquella señora que está tan encarnada? El caballero de al lado la llamó estrecha; todos se rien; pues no me parece mala concordancia; cuando él lo dice, tendrá sus razones.

Llegó el día deseado: al levantar la almohada no veo el regalo que apetecia. Corro al balcon; tampoco hay nada en él.

—¿No han venido los Reyes? pregunto.

—Necio, me contestan las criadas; ya eres grandecito para creer esas simplezas.

—Tienen razon, digo; más no sé por qué se sorprenden de que un niño crea en los embustes que le cuentan, cuando los hombres más previsores se engañan mil veces al día, creen en falsas promesas, y aún tienen fe en el amigo que los vende y en la mujer que los infama.

Enrique Príncipe y Satorres.

SONETO.

Me gusta la casada, si es hermosa,
la soltera tambien, aún siendo fea;
me gusta la que alegre se pasea,
y la que en casa está y es hacendosa.

Me gusta la coqueta bulliciosa
que en engañar al hombre se recrea,
y tambien la romántica, aunque lea
las novelas de Scrich, y aunque no cosa.

Y me gusta la amiga del placer;
la que con sentimiento sabe hablar
pura como encendido rosicler.

Y yo quisiera, en fin, para acabar,
que el mundo entero fuese una mujer,
por conjugar con ella el verbo amar.

Manuel Reina.

EPIGRAMA.

El alcalde de una villa
mandó en edictos poner:
«Se ha perdido, ¡quién la pilla!
la perra de mi mujer;
hoy no se dá la morcilla.»

Atenodoro Muñoz.

CRÓQUIS DE AÑO NUEVO

POR

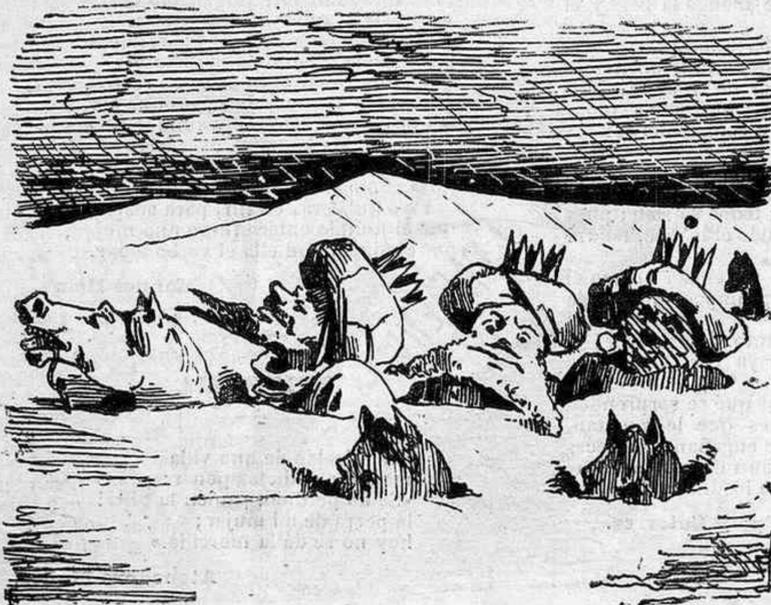
S M I T.



1.º de Enero.—Si en este mes me cayera diez veces el premio grande y algun hotelito que se rifase...



Comprendo que una tarjeta es una prueba de educacion, pero me revienta la educacion por junto.



Dado el estado de los caminos, se esperará á los Reyes Magos en las horcha-



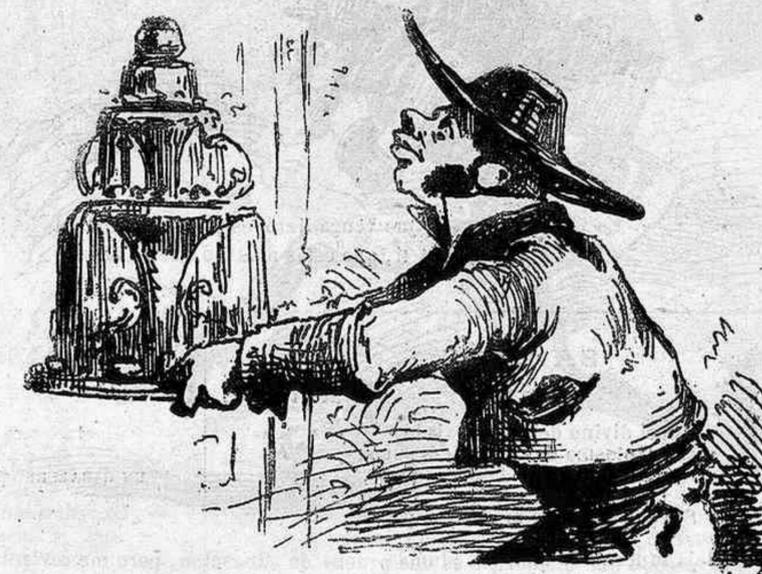
Primera audicion del concierto que se verificará 365 noches en esta temporada.



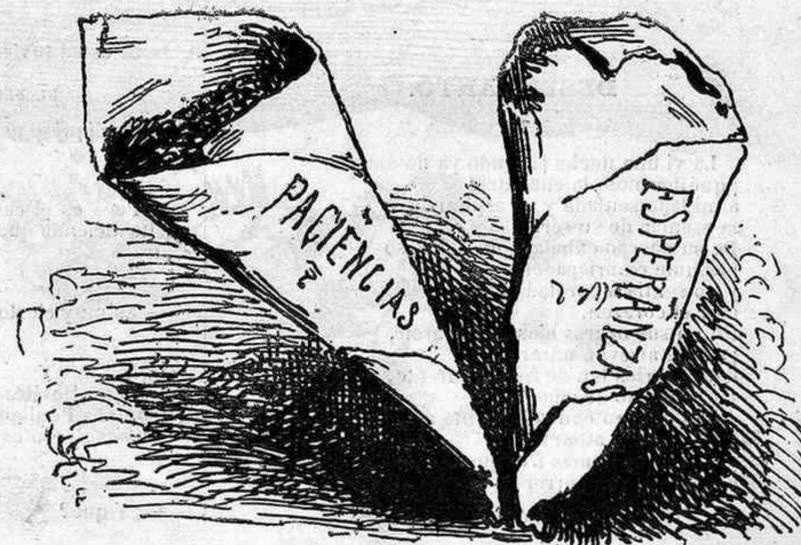
Como quiera que SS. MM. Magos nada han traido, la criatura se desespera, y su papá se pone las botas.



Año nuevo, vida nueva. Decididamente es mal sano el Retiro. La plaza de Oriente es más ventilada.



De cómo un solo obsequio recorrió diez y seis casas con variedad de tarjetas.



Específicos del Dr. Smit. El doctor y su lápiz, siempre en su estudio.

FIN DE FIESTAS. — POR BARNETO.



— ¡Que venga Heródes y los degüelle á todos!
— A tí, que estás más feo que el año 74.

SAFICOS.

Angel divino del Eden bajado,
gentil fantasma de mis dulces sueños,
viviente aroma de la flor más pura,
bella Gervasia;

Si oyes un canto misterioso y triste
cuando la noche en el espacio reine,
deja tu lecho de mullidas plumas,
ponte el refajo.

Quiero decirte lo que el alma siente,
quiero contarte mi dolor profundo,
no me desdenes y mis quejas oye
por la gatera.

José Extremera.

DESENCANTO.

La ví una noche ¡cuando ya no amaba!
¡qué hermosa la encontré!
á mi lado sentada y yo aspirando
la esencia de su sér.
De su cuerpo exhalaba un delicioso
perfume embriagador,
y yo sentia alborotadamente
latir el corazon.
En mí sus negros ojos se clavaron,
¡no me atreví á mirar!
temia verlos tan de frente á frente,
¡tuve miedo de amar!
Al fin la miro con vehemente anhelo,
¡la miro con amor!
y... me quedo más frio que la nieve,
era bizca ¡qué horror!

Angel de la Guardia.

UN CABALLERO PARTICULAR.

(La escena es en la redaccion de un periódico.)

UN CABALLERO (*muy gordo, muy colorado y muy feo*).

— ¿La redaccion de *El Quinqué*?

UN REDACTOR.

— Está usted en ella, caballero.

EL CABALLERO.

— Pues... yo venía... á que tuviesen ustedes la bondad
de hacer una rectificacion.

EL REDACTOR.

— Si usted tuviese la bondad de explicar se...

KL SECRETARIO DE LA REDACCION.

— Explíquese usted, caballero.

EL CABALLERO.

— Pues es el caso que ayer han publicado ustedes un
suelto diciendo que un individuo le robó el paraguas á otro.

EL SECRETARIO.

— Es muy cierto.

EL CABALLERO.

— El suelto dice que el individuo que robó el paraguas
se llamaba Perdigon.— ¿A ver? (*leyendo un número que trae
en la mano*); eso es, Perdigon.

EL REDACTOR.

— ¿Y qué?

TIPOS DE MADRID. — POR PELLICER.



— ¡Ole! ¿Quién busca Reyes Magos, habiendo reinas?
 — ¡Ande usted, lípendi!

EL CABALLERO.

— Que yo me llamo Perdigon, y que yo no robo paraguas á nadie.

EL REDACTOR.

— Nosotros no hemos dicho que usted robe paraguas, señor mio.

EL CABALLERO.

— ¡Ya! pero como dá la maldita casualidad de llamarme yo Perdigon, resulta que mis vecinos me dan bromitas; ¿comprenden ustedes? ¡y yo no quiero que me den bromitas de esa naturaleza!

EL REDACTOR.

— Pero bien, ¿y qué?

EL CABALLERO.

— Que es preciso que ustedes digan que el Perdigon ratero no soy yo.

EL REDACTOR.

— Caballero, eso es imposible, porque en Madrid hay muchos Perdigones, y todos vendrian con la misma pretension que usted.

EL CABALLERO.

— ¡Pues yo necesito que mi honra quede ilesa!

EL REDACTOR.

— ¡Pues yo no puedo complacer á usted!

EL CABALLERO.

— ¡Pues yo acudiré á los tribunales!

EL REDACTOR.

— ¡Me es igual!

EL CABALLERO.

— ¡Y haré valer mi derecho!

EL REDACTOR.

— ¡Bueno!

EL CABALLERO.

— ¡Voy á reclamar ahora mismo!

EL REDACTOR.

— ¡Vaya usted enhorabuena!

Y el caballero se marcha bufando, y los redactores se quedan mirándose unos á otros.

.....
 A los pocos minutos el caballero gordo vuelve á entrar en la redaccion, colorado como un tomate, confuso, con la vista turbada, mirando á los redactores sin saber qué decir...

Los redactores sueltan la carcajada...

El caballero gordo, en el calor de la conversacion, se habia llevado, sin pensar, el paraguas de un redactor del periódico!

Eusebio Blasco.

EPITAFIOS.

Inclinada la cabeza
 reposa aquí Fray Quirico,
 ¡santo varon! Se hizo rico
 predicando la pobreza.

Hombre de recta conciencia
 fué el infeliz que aquí yace;
 jamás sus labios mintieron...
 — «De fijo que no era sastre.»

Aquí yace una chismosa,
 parlanchina y embustera...
 — «No digas más; fué portera.»

Liborio G. Porset.

¡AMOR, SUBLIME AMORE!

Yo amaba una muchacha
 que era sencilla, hermosa y vivaracha,
 de afilada nariz, dulce semblante,
 tierno mirar y pecho exuberante.

La amaba como un loco,
 mi paso al suyo por doquier seguia
 y me iba consumiendo poco á poco,
 y gastaba unas botas cada dia.

Sin calma ni reposo,
 la vida me pasaba haciendo el oso;
 hasta que Dios clemente
 permitió que la hallasen mis miradas,
 en el café de Oriente
 tomando un chocolate con tostadas.

Esclavo de sus ojos seductores
 sentí mi corazon estremecido
 y la conté mi pena y mis dolores,
 ruboroso, sensible y conmovido.
 Ella escuchó mi ruego...
 con faz risueña y entusiasmo ciego
 y á tal punto llegó su fantasia,
 que se tragó de un sorbo el chocolate,
 que dentro el vaso habia,
 abrasando su célico gáznate.

A aquellos dias de sin par ventura,
 siguieron otros dias seductores
 de amor y de ternura,
 y sin pesar ni tedio
 llevábamos de cándidos amores
 cuatro meses y medio,
 hasta que el hado quiso
 trocar en negro infierno el paraíso.

Una tarde de Enero
 llegué á su casa alegre y placentero;

mi amada estaba triste
 mudando á los canarios el alpiste,
 con ademan resuelto
 y apenas escuchó mi acento blando,
 me pegó un bofeton de cuello vuelto
 que me dejó temblando.

Quise saber la causa de su enojo
 y en tanto que á denuestos me atronaba,
 el ojo se me hinchaba
 y dí á correr para salvar el ojo.

De calma haciendo acopio,
 la mañana siguiente traducia
 la adjunta carta que á la letra copio
 y es modelo de amor y ortografia:

«Cavayero: es usted un mentecato
 esijo, mirretrato
 y como guelba; á probocar mi enojo
 sepaustez que Le arranco el otro ojo;
 Me dijo huna becina
 quea maba; ustea una cursi alicantina
 y si ántes ácono serlo yego
 á la cursi ya ustez les pongo Fuego,
 No guelba ustea mi casa
 ni guelba usteacor darrse de — Tomasa.»

Ante este trabucazo inopinado
 me hallé tan afectado,
 que un dia, como yo triste y sombrío,
 estuve si las lio ó no las lio.
 Triunfó por fin la ciencia
 y aleccionado ya por la experiencia,
 cuando una jóven á mi lado pasa
 me acuerdo de Tomasa,
 que buscando un pretexto malo ó bueno
 me abandonó la ingrata,
 olvidando mi afan y mis amores,
 y al mes siguiente del horrible trueno,
 se casó con un figle, de contrata
 del tercer batallon de tiradores.

Lector: ten muy presente
 esta máxima sana y bienhechora:
 ¡La mujer es serpiente!...
 (pero es una serpiente encantadora.)

Luis Taboada.

CORREO DE LA NOCHE.

P. R. — Avisa, si quieres. ¡Cuánto me haces sufrir!
 Estoy... X.

M. — Mamá lo sabe todo, y algo más. No vayas tan des-
 abrigado, que das que sospechar. A.

— S. T. T. — En el baile; con traje de bombero. Tuyo, B.

MOVIMIENTO ARTÍSTICO Y LITERARIO.

En uno de nuestros próximos números, tendremos el gusto de ofrecer á nuestros suscritores el precioso album que, con sal y pimienta, está confeccionando nuestro amigo Luque. De seguro, les va á chocar á ustedes su baratura, hasta el extremo de decir: «¿pero cómo harán esto por tan poco dinero?» Pues ahí verán ustedes.

— Volvemos á recomendar á nuestros lectores la Biblioteca de *El Picaro Mundo*. Todas las novelas que ha publicado esta Biblioteca, se remiten (franco porte), al que envíe valor de 24 rs. á esta Administracion.

Solucion á la charada del número anterior.

ALMANAQUE.

MADRID. — IMPRENTA DE T. FORTANET.

Calle de la Libertad, núm. 29.